

Sube para Bajar





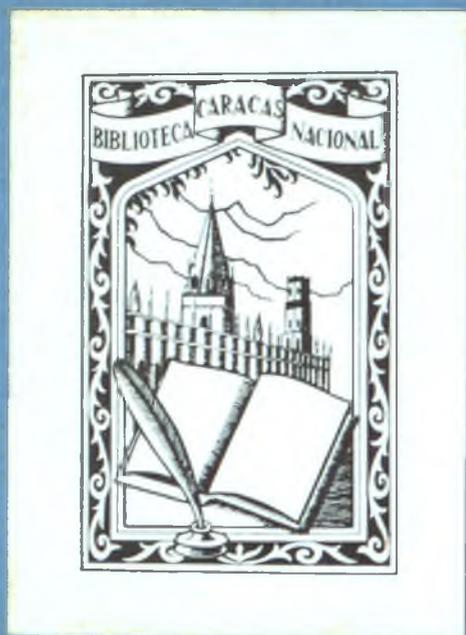
Contemporary

LIBRO
V-80
C-454

edmundo aray
Sube para Bajar



A Wilma, Elina, al Gran Magma y al Capitán Ahab



Exposición de Decisión de Cultura y Bellas Artes

para la Biblioteca Nacional.

Fecha: 11-9-64

SUBIBAJA

Nada más cierto que el hecho de subir o bajar. Como cierto es "no estar vivo" y "no estar muerto". Estas dos situaciones le liquidan y le enervan a lo largo de la existencia. Está demostrado que la horizontalidad sólo constituye una perpleja acomodación del cuerpo humano, y en este sentido se construye el lecho como base de una defensa. Y se inventa la almohada para que el pensamiento esté en lo más alto del sueño. Si esto no le convence le puedo traer otro ejemplo que siempre inquieta: el nivel de las aguas. Sea el mar que sube y baja con tanta solemnidad o sea el cataclismo que se eleva y descendiendo para perseguirle. Sea también el pequeño animal que descifra en una pequeña ascensión su impulso más característico de existente, y sea el bajar de este sujeto otra acometida para vivir. Los griegos tenían una palabra que por calamitosa no es menos bella: "anabasis", y traduce el incremento ascendente de las enfermedades, y si ellos, que fueron sabios y por lógico análisis de las grandes peripecias, entendían que la enfermedad subía, sabiamente valga pensar que la contra-enfermedad, el antídoto, baja de la testa para enfrentarse a aquella situación. Y maravílese de la invención del plano inclinado o de la rueda que embiste lo contradictorio de la superficie. Cuando se está en posesión de lo enigmático o del amor, usted sube hasta lo más perdido de esa posibilidad salvadora del hombre, o bien, cuando usted se siente perdido, baja, no se sabe a qué bajo mundo usted descende. No se pueden negar ciertos mecanismos del pensamiento. Algo más: a todos los cielos y a todos los infiernos, en juego de oposiciones, suben y bajan los fantasmas. Las aves suben, no hay duda, y la serpiente baja, no hay mérito de discusión que le impida bajar. Ahora, con un sentido y preocupación contemporáneos, Edmundo Aray pone a nuestro mundo de contradictorio afectivo a bailar una cuerda floja, que bien podría ser un ascensor para lo individual. Un ascensor-descensor que usted disimula de la mejor manera, y al que parece no darle importancia, pero que le persigue y le conduce hacia todo. Necesariamente este "subir y bajar" es toda una teoría para la medición de los sentimientos como de los instintos. Es la labor de un faccioso mundo creador. Por más que le parezca simple, el descubrimiento de esta sigilosa como alarmante oscilación, es para el individuo una conquista en la lucha que mantiene por definirse como objeto de conocimiento. Se define aquí (toda) una atmósfera y, que yo sepa, no se le ofrece ningún paliativo, porque internamente se trata de captar en la palabra, en el relato, una simple operación mecánica; otra podría ser en el hombre

— y un valor a determinar en literatura — el clima del "ser pendular", o sea, el desplazamiento que completaría la órbita. Es decir: ubique usted al hombre en el espacio, pídale que suba, que baje, y luego pídale que se traslade — en una especie de movimiento de hombros — de oeste a este y viceversa. Yo tengo la sospecha que lo anterior, con (todo) lo presuntuoso que pueda aparecer, no elude y sí va directamente a calificar una inquietud, y ella es la de una interpretación del movimiento. Del movimiento pero con la presencia del hombre en su seno. Preocupa — es evidente y, si no, no tendría razón de ser — cuál problema traslada al hombre de un lugar a otro o la gravedad de la circunstancia que determina el cambio de posiciones referente a un nivel. Y este nivel es el que establece Edmundo Aray. El es el único que establece el balance, y él le dice — solamente él — si usted sube para bajar o si por el contrario ha bajado para subir. El tiene un secreto. Ningún secreto es claro, salvo para su poseedor, que bien puede ser egoísta. Pero si por temperamento y por zozobra uno llega a enjuiciar un hecho como de suma gravedad, también puedo decirle, que sube y baja una simpleza, o que usted decididamente juega con un plano inclinado absoluto o es un anillo o gira constantemente alejado de propósitos subyugantes. Se podría correr el riesgo de no precisar el valor de este espíritu de observación, al pensar que plantea un círculo vicioso, una situación sin salida. No. Aquí hay un angustiado poder de vista y él le descubre cómo se traiciona al tiempo — y esto es grave —, cómo cada persona vive en soledad su operación de "subi-baja" en un mundo de relación excluyente. La sanción moral que precisa todo esto podría estar dada bajo la siguiente situación: O es usted un subí-baja en la vida, o el subí-baja es un simple instrumento de cuya utilización usted saca una ganancia para la vida o para la muerte. Yo pienso, Edmundo, que subiremos y bajaremos para algo concreto y de supervivencia con su valor afincado en una esperanza sobre el visceral hombre de nuestro tiempo, mientras otros quedarán embobados en un eterno subir por bajar, que es toda una conmiserable perspectiva, un callejón de obvio fracaso. Alerto a mis contemporáneos a detenerse aquí. Y "Sube para bajar" traduce una mística de alerta. Termino: Que todos del difícil arte del subí-baja no hagan un ominoso ejercicio. Suba y baje en la tierra. Con los grandes ojos abiertos en la tierra. No utilice su ascensor para perderse, que en ese piso — mágico piso — le espera su cosa. Que todo tenga su secreto. CAUPOLICAN OVALLES.



e.e.
63.



a Ramón Palomares. CINCuenta Y SIETE ESCALONES

La prisión da sobre una prisión,
el pasillo abre otro pasillo.

Henri Michaux

El cobrador miró fijamente. Revisó el portafolio, lo abrió, lo cerró, lo cerró mal, lo volvió a abrir, miró fijamente en su interior, metió la mano, hurgó, levantó los ojos, sacó la mano, se llevó el portafolio a la altura de sus ojos, miró por el hueco del mango del portafolio, levantó la pierna izquierda, de manera que el muslo horizontal y la rodilla vertical y pié y zapato moviéndose en el aire y el portafolio, firme, en el muslo, y sacó un paquete de papeles. El hombre miró fijamente. Llevó su mano derecha al bolsillo izquierdo de la camisa, tomó un lápiz y se lo llevó a la boca apretándolo con los dientes. Hojeó el paquete. Extrajo un giro. El cobrador miró fijamente. La escalera tenía cincuenta y siete escalones. Y no era necesario subir y subir, para bajar luego, vacías las manos, vació el cuerpo, sin razón para volver a la oficina, presentarse a la secretaria del gerente de crédito y decirle que le diga al gerente que había sido infructuoso el viaje y que él se preocupaba porque el propio gerente, nueva adquisición de la empresa, le había llamado a las siete y cuarto de la mañana, antes de tomar el café y afeitarse y besar a los muchachos, para informarle de las deudas y, en especial, de la deuda de ese señor y de los créditos y el estado de los créditos y las presiones del Banco y el Banco que va a retirarle el crédito a la empresa y, en fin, de la necesidad insoslayable de ir a casa de ese señor y hablar con el señor o la señora, y si no están volver, volver hasta localizar al uno o al otro y exigir la cancelación de la deuda, porque la deuda tenía vencido el plazo y el vencimiento ya iba para los cuatro meses y de no cancelar en los próximos días, se vería la empresa en el penoso deber de llamar al abogado y el abogado podía, muy bien, buscar al juez y llegarse hasta su casa sin contemplaciones de ninguna clase, con la orden, la autoridad de la orden y ¡ay! si no pagaba ¡ay! porque el embargo sería un hecho, un hecho, un verdadero hecho, del cual la empresa no tenía la culpa, pero que el jefe...

La escalera tenía cincuenta y siete escalones. Ya los había contado una, dos, tres veces, una subiendo, otra bajando, otra desde el pasamanos mientras pasaba una mujer que le miró el portafolio y después lo miró a él, muy duro, a los ojos y él decidió bajar, bajar y volver al



mismo lugar y comenzó a contar y contó cincuenta y siete para entonces subir y tocar a la puerta del señor deudor.

—¿El señor está?

—No está.

—¿A qué hora viene?

—A la hora del almuerzo.

—Pero ayer vine a la hora del almuerzo.

—Pero él no vino.

—¿Y usted le dijo que yo estuve aquí con el giro? ¿Le dijo?

—Sí, le dije.

—Y él ¿qué dijo?

—Yo no sé, pues la señora fue la que le dijo.

—Pero... ¿Y a la señora qué le dijo?

—Pues no sé, pregúntele a la señora.

—Y dónde está la señora?

—La señora bajó.

El cobrador se pasó la mano derecha por la frente, la detuvo como a medio camino, la bajó, se la llevó al bolsillo derecho del pantalón, sacó un pañuelo, y la mujer que mira el movimiento de su mano y el cobrador que lleva el pañuelo al bolsillo derecho de la chaqueta y dijo:

—¿Cree usted que regresará ahora mismo?

—Pues ahora mismo no, pero sí dentro de una media hora.

—Bien, dígale que yo, el cobrador, estuve aquí.

—Le diré.

—Buenos días.

—Buenos.

Y el cobrador que va bajando y en lo que llega a cincuenta y seis escalones, pues bajaba contando, la señora que aparece frente a él, y él que no le dice nada, espera que ella suba y vuelve a contar. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... Se detiene, Un timbre que suena, la puerta que se abre y la puerta que se cierra. Y el cobrador vuelve a subir. Una vez frente a la puerta sube la pierna izquierda, coloca el portafolio sobre el muslo, extrae el giro y con la otra mano, mientras baja la pierna y se mete el giro en el bolsillo derecho del pantalón, toca el timbre y el timbre suena y segundos más tarde una mujer que abre, la misma, y el cobrador dijo:

—¿La señora?



—Sí, espere un momento.

La mujer da la espalda al cobrador y grita:

—¡Señora, la solicitan!

Y una voz que sale como de muy lejos:

—¿Quién?

—Un señor.

—¿Que señor?

—Un cobrador.

—¡Qué espere!

Y la mujer se voltea hacia el cobrador y le dice:

—¿Oyó? que espere.

El cobrador se pasa el brazo derecho por la frente y contesta:

—Muy bien.

La señora, dos minutos más tarde, o menos, que sale de la cocina, pues se viene limpiando las manos con un delantal —tiene las manos muy blancas— y llevando luego las manos al pelo y acomodándose el pelo, mientras agacha el cuerpo para mirarse en el espejo de la vitrina. Una vez frente al cobrador — le ha venido observando el portafolio —, sonrío moviendo la cabeza suavemente y el cobrador también sonrío y la señora pregunta:

—¿Qué desea?

—Pues usted verá, yo soy el cobrador de...

—¡Ah! sí. Ayer, por cierto, hablé con el señor y le dije que usted estuvo aquí y que ya había estado en dos oportunidades la semana anterior, o tres ¿no fué así?

—Sí señora.

—Y... en fin, que el giro ese tenía tiempo ya vencido —la señora ha señalado hacia el portafolio y el portafolio se ha movido hacia atrás—. Y, bien...

—Sí, señora.

—Bueno...

—Bueno ¿Y qué le dijo él?

—Pues él me dijo, el señor, que a él tampoco le había pagado el Seguro...

—¡Ah! ¿tiene un seguro?

—No, el Seguro, donde trabaja. Usted sabe que mi marido es farmacéuta ¿no?



—No, señora.

—Pues sí, y con más de quince años de graduado.

—¡Anjá!

—Bueno, pues que el Seguro no le pagó, que tiene un mes de atraso los pagos. Usted sabe, la administración, la administración, que si ahora no pagan en el Seguro, sino por el Ministerio, pero el Ministerio da un cheque y ese cheque hay que cobrarlo en el Banco, pero en el Banco no habían consignado el dinero y... bueno, que hay que esperar.

—Entiendo señora.

—Pase usted mañana ¡seguro!

—Cuando usted diga señora —tiene las manos muy blancas, piensa—.

—Buenos días.

—Buenos días, señora.

Y el cobrador que bajó lentamente. Muy bella, dice, muy bella. Muy viejo, dice, muy viejo. Se lleva la mano izquierda al bolsillo izquierdo del pantalón, la retira, lleva el portafolio de la mano derecha a la mano izquierda, se lleva la mano derecha al bolsillo derecho del pantalón, extrae el giro, toma el lápiz y anota, mira el giro, lo lee, vuelve a anotar y va bajando las escaleras y llega al final de las escaleras. Cincuenta y siete escalones, dice. Sube la pierna izquierda, coloca el portafolio sobre el muslo, mete el giro, cierra lentamente el portafolio, y salió a la calle.

Ya las había contado. Una, dos, tres veces, o más. Miró fijamente las escaleras, luego volteó hacia atrás. Un autobús, dijo. Pensó en el gerente, en el nuevo gerente. Los créditos y el estado de los créditos y las presiones del Banco y el Banco que va a retirarle el crédito a la empresa y, en fin, la necesidad de... Lo había llamado antes de tomar el café. La necesidad de... De manera que contó los escalones hasta el primer descanso. Veinticinco. Subió. Descanso. Volvió a contar. Veinticinco. Miró su mano derecha. El giro en la mano. Levantó el brazo, metió el giro en el bolsillo derecho del pantalón, sacó un botón, quitó el lápiz de la boca, lo metió en el bolsillo de la camisa, se llevó el botón a la boca, lo mordió, lo mordió fuertemente, y un pedazo que cae rodando por las escaleras. Uno, dos, tres. Y el otro pedazo que lo bota con violencia por encima del pasamanos. Se asoma. Buen sitio, dijo.



Se retira. Volvió a contar hasta diez. Subió. Descanso. Sólo siete. Extrañas escaleras —pensó—. Muy extrañas, dijo. Subió. Una vez en el pasillo encontró una puerta frente a él. Miró. Doce, dijo. Es el trece, dijo. Caminó. Trece, volvió a decir. Tocó el timbre. La puerta de caoba, color caoba. Y la puerta que se abre y una mujer que asoma la cabeza y la mujer que dice:

—¡El cobrador!

Silencio. El cobrador que mira hacia el balcón, pues la mujer ha abierto totalmente la puerta, y la señora que sale de una habitación porque viene abotonándose el vestido. Tiene dos botones sin abotonar. Se detuvo frente al espejo de la vitrina. Rueda una jarra, se agacha, se mira en el espejo (el cobrador la mira mirándose en el espejo), sube la cabeza y sus ojos hacia la puerta donde están el cobrador, muy tieso, y la mujer, muy tiesa. Y la señora que dice:

—¿Cómo está usted?

—Bien, señora, muy bien.

—Se ve un poco cansado.

—Sí, el trajín, la calle, los autobuses.

—....

—Las escaleras...

—Muy duro ese trabajo ¿no?

—Sí, señora, muy duro.

—Bien, le tengo buenas noticias.

Sonríe, se lleva una mano al pelo y repite:

—Buenas noticias.

Baja la mano. El cobrador también sonríe. Sonríen los dos, se miran a los ojos, sonrén, y la mujer dice:

—Señora, voy a revisar la carne.

Silencio. La mujer se retira. Y la señora dice:

—El señor llamó a su empresa.

—¿Cuándo?

—Ahora, a las diez. Llamó para decirme que había hablado con el gerente de crédito. Resultó ser muy amigo de mi marido. Gente de su pueblo.

—Bien.

—Pues que mi marido habló con él y llegaron a un acuerdo. Usted sabe, estos tiempos, estos tiempos, muy difíciles. Pero llegaron a



un acuerdo. El giro lo van a partir en dos. Y ahora, es decir, mañana, pues hoy en la mañana cobró en el Banco y fue desde el Banco donde llamó al gerente de la empresa, mañana, digo, usted vendrá con dos giros y el señor se los firmará y romperá ese que tiene ahí en el portafolio y le pagará uno, quedando el otro para el próximo mes.

—Entiendo, señora.

—¿Quiere usted un refresco?

—No, muchas gracias, señora, muchas gracias.

—Pero tómelo, le hará bien.

—No, no, gracias, muchas gracias...¿Entonces debo venir mañana?

—Sí, mañana.

—Y con dos giros.

—Sí.

—Bien, señora, buenos días.

—Buenos días... Lamento que no haya querido tomar el refresco. Era del niño que está enfermo.

—¡Ah!

—Sí, con asma.

—Bien, gracias, señora.

Entonces el cobrador ha extendido la mano derecha a la señora y la señora le ha extendido la suya, y el cobrador ha dicho:

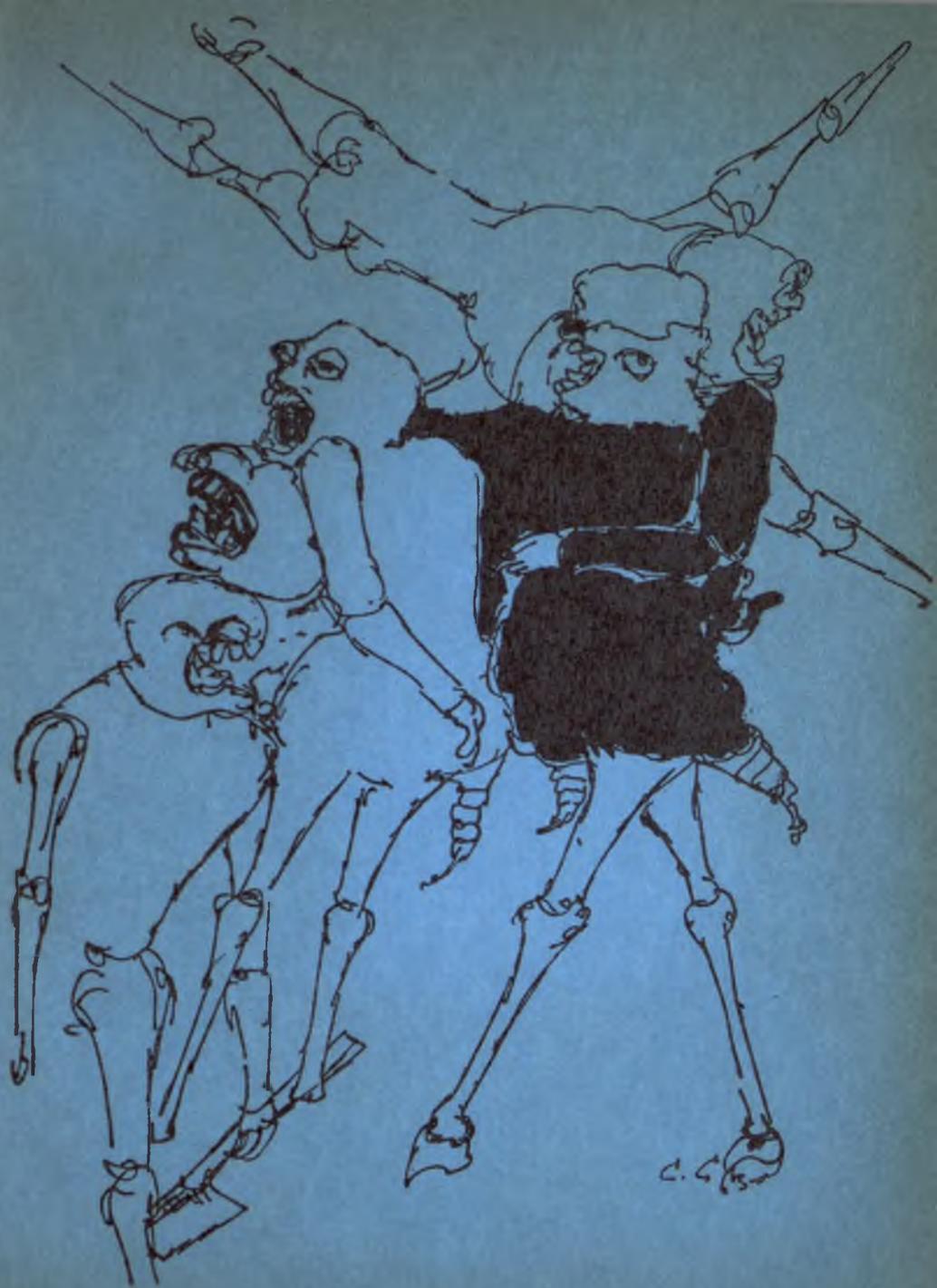
—Hasta mañana.

Y la señora que responde:

—Hasta mañana.

La puerta que se cierra lentamente. El cobrador bajó, lentamente. Cincuenta y siete escalones, dijo. Y comenzó a contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... El cobrador cuenta que te cuenta. La puerta es de caoba, pensó. Igual a la de mi casa, dijo. ¿Y la señora? Muy bella, dice, tiene las manos muy blancas. Cuenta que te cuenta. Cincuenta y siete escalones. El cobrador miró fijamente. Levantó la pierna izquierda de manera que el muslo horizontal y la rodilla vertical y pie y zapato moviéndose en el aire y el portafolio, firme, en el muslo. Abrió el portafolio, lo cerró, lo cerró mal, lo volvió a abrir, miró fijamente en su interior, metió la mano derecha, hurgó, levantó los ojos, sacó la mano y en la mano el paquete de giros, mientras caen la pierna y el pie sobre el suelo.





ERAMOS TRES, NADIE MAS, SOLO TRES

Eramos tres, nadie más, sólo tres. Uno dijo:

—Vamos al hospital — y se levantó de la silla.

Nosotros dijimos:

—Vamos.

Y salimos para el hospital. Una visita. Atravesamos un largo espacio, un puente, mientras hablábamos y hablábamos, y hablaba uno y contestaba el otro y yo pensaba y contestaba también, de manera que dialogábamos los tres y no sólo pensaba yo, sino también, seguramente, pensaban los otros dos. Y así, hablando y pensando y hablando nuevamente, llegamos al hospital. Mi amigo, el más alto, se dirige a "Información" y pregunta:

—Por favor, ¿cuál es la habitación del señor Rodríguez?

Y el hombre de "Información" que revisa unas tarjetas y vuelve a revisar y tiene las uñas sucias y vuelve y comienza por el final y contesta:

—Sexto piso, habitación 168.

—Vamos — dice mi amigo, el más alto.

Y nosotros respondemos:

—Vamos.

Y entonces estamos frente al ascensor y marcamos el botón de llamada, y ascensor y ascensorista que llegan. Entramos. Médicos con batas blancas, mujeres con togas, hombres con anteojos y mujeres con guantes. Subimos. Piso cuarto. No hay espacio para una camilla, y la camilla y el hombre de la camilla y el otro hombre que está en la camilla tienen que esperar. Subimos nuevamente. Un hombre, bata blanca, anteojos, unas manos muy largas y una cabeza muy calva, dice:

—Pues hoy corté un absceso, operé nuevamente al de la fractura operamos un tumor, maligno, por cierto, y...

Resulta que estamos en el piso sexto...

Mi amigo, no el alto, dice:

—Pero este señor es un carnicero.



Reímos. Y vuelve a decir:

—Ahora que alguien me empuja — y me empuja —, caigo de espaldas en una camilla y dos horas más tarde aparezco en una cama muy alta y una mujer que me dice: "Señor, usted ha sido operado." Además, ya siento algo por aquí, en el hígado — se lleva la mano a la cintura —. Y hasta la espalda me duele — lleva la mano a la espalda.

Nosotros reímos. A mí me ha comenzado como una punzada muy cerca del corazón. El más alto tira la mano derecha contra mi espalda y que me cae de lleno y siento como otro dolor, mientras él ríe y dice:

—De La Habana viene un barco cargado de...

El otro dice:

—Enfermos...

Yo digo:

—Y enfermeras.

Y el más alto dice:

—Médicos.

Y vuelve a decir:

—¡Señor! ¡señor!

Un señor, de bata blanca y pantalones negros y cara agrietada, se dirige a nosotros y pregunta:

—¿Qué desean?

—Un médico — dice uno de los tres.

El hombre nos mira, primero uno, después otro y se detiene en la cara del más alto.

Yo digo:

—Habitación 168.

El dice:

—Por aquí no es. Vayan por ahí, atraviesan el corredor, pasan la otra puerta, doblan a la izquierda. Allí están las habitaciones de los operados. Bien, allí no es. Siguen caminando y al llegar a la otra puerta, una de cristales, cruzan a la derecha y consiguen el 168. ¿A quién buscan?



El otro dice:

—Al señor Rodríguez.

El hombre de la bata blanca y los pantalones negros y la cara agrietada, pregunta:

—¿Uno que se rompió la columna?

—El mismo — dice el más alto.

—Pues ése está en el 169. Tienen entonces que cruzar a la derecha y no a la izquierda. A la derecha están los números impares...

—Y otras cosas — digo.

El más alto dice:

—Pero señor, en "Información" el informador nos dijo que era la 168.

Y el hombre de la bata blanca... nos vuelve a mirar. Primero a uno, después al otro y finalmente me clava los ojos. La punzada cerca del corazón ha aumentado de intensidad. Nos da la espalda, sube los hombros, se lleva la mano izquierda al bolsillo del pantalón negro y con la otra empuja la puerta. Nosotros nos miramos. El más alto sigue por el corredor y nosotros que volteamos a la derecha. Muchas sillas. Calculo: son cincuenta sillas. Ninguna está ocupada. Se oye el reloj de la pared. Miro el reloj. Las cuatro de la tarde, pero aquí como si fueran las siete. Al fondo un balcón. Vamos al balcón. Nos pegamos a la baranda. El balcón es muy largo. Frente a nosotros el sexto piso de otro edificio. Abajo: carros, muchos carros. Ambulancias, muy blancas todas. Policías y gente. El otro me dice:

—Excelentes construcciones. En mi país estas cosas no se ven

—señala el edificio del frente y uno que está más allá y otro que está más allá aún, y se rasca la cabeza—.

El otro no es de mi país. Es de otro país. Amigo nuestro él, y toca guitarra. Hoy le llegó su mujer de otro país y le llegaron sus dos hijos, pero está con nosotros. Dice:

—No estoy acostumbrado a pelear con muchachos, y menos de esa edad.



Y yo le pregunto:

—¿Qué edad?

El otro me responde:

—Cinco años.

Yo me río, y me río fuerte. El otro se ríe. Nos reímos. Yo corto.

Pregunto:

—¿Qué se hizo?

—Vamos — me responde.

Y digo:

—Vamos.

Entonces que salimos a buscar al más alto. Abrimos la puerta y aparece el hombre de la bata blanca y los pantalones negros y... pienso, cuando él nos mira y escupe, pienso en una leyenda: "**Prohibido escupir**". Pero no detenemos el paso. Caminamos, caminamos y llegamos a la otra puerta. En este corredor no es, me digo. Mi amigo del otro país dice:

—Esta no es la sala de las habitaciones — ceremonioso.

Cruzamos a la izquierda, Caminamos. Me duele la espalda y sigue la punzada.

Caminamos. Otra puerta, pero no la de cristales. Nos devolvamos y el hombre de la bata blanca y el pantalón negro y la cara agrietada. Se devuelve. El hombre de la bata blanca nos indicó mal, pienso. Caminamos. Una mujer que pasa. Otra. Una camilla. Un hombre dormido en la camilla. El otro dice:

—No digo yo, empujaron a uno. Señor, usted ha sido operado. Caminamos. La puerta de cristal nos mira. La miramos, la abrimos, y la puerta, después que paso, que se cierra, que se vuelve a abrir. Volteo: el hombre de la bata blanca y el pantalón negro y ...¡salto! Nos dice:

—Por aquí — señala a la derecha.

Habitación 168, leemos. Digo:

—Esta es.

Nos asomamos. Muy discretos. El más alto no está. Están dos ca-



mas y un radio y dos personas, una en cada cama, y una voz que sale del radio y una señora sentada en la cabecera de una cama y otra en un banco. El otro dice:

—Perdón... Buenas tardes...

Y una de las dos camas responde:

—Buenas.

Retiramos las cabezas. Otra vez en el corredor. Pasa una mujer. Tiene los ojos muy grises.

—Señorita, ¿ha visto usted un señor muy alto, de chaqueta?

La mujer responde:

—No le he visto.

Y pregunta:

—¿Buscan a alguien?

El otro dice:

—Sí, señorita, a un señor muy alto, de chaqueta.

—¿Está enfermo?

—El no, señorita, el enfermo es otro — digo.

—No, no lo he visto.

La mujer nos mira y nosotros que miramos a la mujer.

—¡Señorita!

Pero la mujer sigue su camino. Nosotros seguimos el nuestro. A la izquierda, después a la derecha. Otra camilla. Un hombre encima.

Pregunto:

—¿Ha visto usted...

El hombre corta, mientras voltea hacia la pared:

—No.

—Pero señor...

—¡No!

—Ni remedios — dice otro.

Seguimos. Entonces, ahora que estamos frente a la puerta del ascensor y el ascensor que se detiene, pero la flecha indica hacia arriba. Se cierran las puertas. Tocamos el botón. Pasa una mujer empu-



jando una especie de camilla, pero con platos. Río. El otro me mira. Ríe. Reímos. Llega el ascensor. El otro dice:

—Planta baja.

Entramos. Un hombre, todo de blanco, dice:

—Corté un absceso, abrí un tumor, operé...

Mi amigo interrumpe, pues ha dicho en alta voz:

—¡Qué carnicero!

El hombre de la bata blanca y el pantalón blanco lo ha mirado, pero mi amigo, el otro, que no lo mira. El ascensor se detiene. Miro. Cuarto piso. No hay espacio para una camilla, y la camilla y el hombre de la camilla que tienen que esperar. Bajamos. El hombre de la bata blanca nos mira, primero uno, después otro. Me duele la espalda. El ascensorista dice:

—Planta baja.

Salimos. Nos dirigimos a "Información". Pregunto:

—Un señor que vino aquí y preguntó a usted por la habitación del señor Rodríguez y usted le dijo que era la 168, que viste chaqueta y es muy alto, ¿no lo ha visto?

El hombre nos mira. Los ojos muy grandes. Responde:

—No.

Recuerdo al hombre de la camilla. Nos enseñó el trasero. Este nos enseña un pecho que sube y unos ojos que se abren, muy grandes, muy negros, y unos anteojos muy gruesos.

—Gracias — dice el otro.

Salimos. Carros, ambulancias, policías y gente. El hombre de la bata blanca y el pantalón negro y... que sale. Entonces el más alto que llega, sonriente, moviendo los brazos de aquí para allá. Nos dice:

—¿Y qué se hicieron ustedes?

—Pues buscarte — dice el otro.

Y yo pregunto:

—¿Encontraste al señor Rodríguez?

Y el más alto que me responde:

—No, no lo encontré.





cc.
63.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

PASE USTED

**Sólo somos las máscaras en donde resuenan
las desaparecidas voces de antaño.**

Francisco Pérez Perdomo

**cuando escucho la memoria que teje un nudo
en mi garganta y de miedo contando hasta
tres comienzo a gritar.**

Juan Calzadilla

Todo ha comenzado a girar. Es extraño... Y pensar que ayer — veinte horas — estuve en la casa de Rodolfo, hablando y hablando; este vacío, el miedo, la miseria. Justo a dos cuadras — doscientos metros — vive él. Estarás dormido, amigo. Pero irán por ti. Inevitablemente. Nadie puede escapar. ¿Y qué será de los otros? ¡A cual más despistado! Pero los cambios. Después de todo. El tráfico es grande. Un oldsmobile último modelo. Gabriel prefiere los autos europeos... Esa muchacha tiene el pelo muy bello... el motociclista tiene la culpa. Ya puede pelearse por pasar, que grite el chofer y grite el fiscal. El chofer de ayer era italiano. Estaba temblando. Después de todo es su carro. Todos gritan. Más allá la mafia. Golden peluquería. Se rematan joyas. Oro puro. Treinta meses sin cuota inicial. Mi abuela nunca sale de una cuota. ¡Seguro! prendió una vela. Esa motocicleta tiene una boca inmundada. Le va a estallar el corazón. Se atragantará, se tragará el pito, trago amargo ¡duro! A ése le va a estallar el corazón. Mejor. Que se complique aún más. Rojo, uno, amarillo, dos, verde. La ciudad. Es ésta la ciudad, la ciudad, la noche, las luces de los autos, los avisos. Savo... Savonarola. El mejor chocolate. Tome usted Cerveza... lo tiene todo, la cerveza de Venezuela. Todo brilla, pero algo ronda, algo, y yo puedo correr, yo puedo saltar y correr, pero es tarde. Debí esconderme. Si se fueran las luces. Ahora ya es tarde. Irritante el pito, irritante el fiscal, y esa chaqueta, esa chaqueta roja.

—Veró, él...

—Tiene mucho que decir — se lleva la mano a la cara.

—¡Coño! ¡ese tráfico! — grita el de bigotes. Lo miro. Me tiembla la barbilla.

—Toca la corneta. A nosotros se nos respeta.

—Ni a tus hijos.

—Este amigo tiene mucho que decir — me mira. Tiene la nariz roja —. ¿No es así, compadre?

¿Quién? ¿Yo? Compadre será su abuela. Todo ha comenzado a girar, violentamente. Sudan mis piernas. ¡Ah! ¿Me entregarán la cartera? Allí está una foto de Elina. Su boca mediana. ¡Elina! Fue en el café en "Los Deportes". El mesonero del café era propietario en "Los Deportes". Lo quebraron. Y a quién no. Llegó alegre, agitada. Un sweater negro que revelaba sus pechos ¡magníficos! Dijo de una claridad. Ella siempre habla de claridades. En cualquier lugar estarás conmigo. ¡Ah! cien metros y el sitio de todas las noche o, mejor, de los lunes y los viernes. Bebemos los lunes y bebemos los viernes. Si pudiera tomarme una cerveza, si pudiera tomarme una sola...

—Si pudiera tomarme una cerveza...



—Pero qué dices tú, animal, te rom...
—Déjalo, déjalo.
—¿Nos quieres brindar? ¡Vaya tfo! como dice el isleño.
—Ya tendrás oportunidad.
—Se le caerán los calzones. Se va a mirar.
—Los dientes, dirás...
—Los calzones y los dientes, el colmillo ése.
—¿Cuál?
—Ese — y señala hacia mi boca. Tiene la uña sucia.

¡Ay! Ahora sí, ahora sí. Pero... si... quién me dio esta hoja ¿Jesús?
No, si no lo he visto desde el último... ¿Federico? ¡tampoco! ¿Quién?
¿Y cómo hacer? ¿Cómo no me registraron el bolsillo del pantalón?...
éste...

—¿Puedo abrir la ventana? Hace calor, ¿verdad?

—Abrela.

—No mucho.

—Gracias, muchas gracias.

—No mucho, te dije.

—Oye, ¿y cómo se llama el que estaba contigo en el bar de allí,
el jueves pasado? Ese de pantalones tubitos y cara de marico.

—¿Has visto los zapatos que usan?

—¿Cómo? ¿Quién?

—De italianos.

—El de tubitos, que se la pasa con un libro, mira así — y volteo
los ojos mientras sube el hombre izquierdo. ¡Ridículo! —. El mismo
que fue a visitar en San Agustín a Elena Domínguez.

—¡Elina!...

—¿Cuál Elina? E-li-na... Elena Domínguez, digo.

—No sé, no sé a quién se refiere.

—Con que hecho el pendejo ¿no? Ya te cansarás de cantar. Se
va a quedar chiquito Alfredo Sadel. ¿Qué te parece, Bigotes?

—Déjalo, déjalo quieto. Ahora es cuando.

Las ocho, aún quedan diez minutos. Si Jesús llamara a la casa...
Si nos volteáramos. El que maneja es un loco. Si nos volteáramos. ¡Li-
bre! Cómo me suena este papel. Ahora debo apretarlo más. Cómo
suena. Más, más... El hombre de atrás se dará cuenta. Y entonces es-
taré perdido, y Jesús...

—Llamando, llamando, Z...

—Deja ese aparato.

—El trabajito es fuerte, pero vale la pena.

Necio, cuál pena. Ahora, aquí... bien Como un pañuelo almidonado.



—¡Oye!

Se dio cuenta. No dije yo. ¡Qué torpe! Almidonado...

—Oye, tú, cierra esa ventana. Me molesta el aire.

—Pues veré, yo no...

—Historias, historias — dice, y distrae los ojos.

—Dame un cigarro, Bigotes.

—¿Un cigarro?

—No, un cigarro — y suelta la risa. Tiene los dientes amarillos.

—Gracias.

—¿Con filtro? — pregunta el de la punta izquierda, mientras mueve la cabeza y agarra la mano de Bigotes —. Contrabando

— asienta.

—No.

—Entonces dame uno.

—Pides más que una cieguita. ¡Mira! ¡Mira esa mujer!

—¡Adiós, culo e' corcho!

Bella, muy bella.

—Con todo y culo.

Que se le pudra la lengua. Dios mío, que se le pudra. Bien. Esta virgen es igual a la de mi casa. Cuando llegaba de la calle y pisaba el corredor debía inclinarme ante ella...

—¿Viste los ojos de la mujer?

—¿Y qué?

—Respeta a la virgen.

—A tu madre.

—Pues verás un día de éstos la vamos a tener.

—Cuando quieras.

Cuando quieras, así dijo ella. En la noche se reunía la familia para rezar el rosario. A mí me gustaba el olor del aceite, la lamparita roja, la sombra que despedía la vara de San José. Ahora esas luces en los cuadros de las vírgenes... ¡Ay! este papel, virgencita. Ayúdame. Uno, dos... y tres...

—¡Epale!

—¿Qué?

—¿Estás inquieto?

—Este...

—Cállate.

...ahora esas luces en los cuadros de las vírgenes y santos destruyen el misterio. ¡Me salvé de ésta, virgencita! Cómo los odia mi abuela. Santos eléctricos — dice — que parecen juguetes. Un santo eléctrico no puede ser santo.



Ya estamos, digo, ya llegaremos. ¿Quién puede ayudarme? Acaso tú... Mi abuela odia los santos eléctricos. Pero ya nada puede encolectizarla. En la mañana, desde las seis se sienta en una vieja silla de cuero y comienza la canción, como todos los días. "¡Dejen esas palomas! Hoy no tengo para el maíz... ¡No durmieron anoche! Aquí la gente es muy floja. Los padres porque sienten frío. Los hijos porque se acuestan tarde... ¡Esas palomas! Lo que es, yo me voy pal llano a ver el Nazareno de Achaguas. Sí, señor, diez años que no lo veo. Y yo le prometí no morirme sin verlo." Este hombre es un loco. Este, el que maneja.

"Otra noche, otra noche más. Y por cuatro centavos. Trabajo, comisiones, golpes, trabajo, y cuatro centavos, cuatro. El amigo tiene poco que decir. No tiene cara. Enrique me enseñó a conocer a los hombres por los gestos de sus labios, el movimiento de las manos o el movimiento de la pierna izquierda. Este la mueve y me molesta, ahí está... deja esa pierna, muchacho. Le voy a dar un susto y moveré las dos. Se parece a Jonás. ¿Quién sabe qué camino lleva? Si ahora estuviera allá, me encontraría tendido en la playa, arena blanda, la negra y los lamentos desde la cabaña. Doña Rosalía estará ensalmando. Enrique debe estar en casa. Mi mujer no se sentía bien. Enrique siempre va a la casa. ¿Qué se habrá hecho la negra? Yo no tuve la culpa, pero Jonás me la echó toda a mí. Con Enrique aprendí a manejar. Primero por las urbanizaciones en construcción, después por las avenidas. Y ahora soy buen chofer. Si no lo fuera, no estaría aquí. Y mi mujer le quiere mucho. Mi mujer, Enrique, mi mujer. Y yo, Rodrigo, el mejor. Desafío la calle, nadie como yo en una carretera, nadie. Dos horas de San Felipe hasta aquí. Un record, un verdadero record. Trajimos al de los quince nombres ¡y cómo le dieron! Desafío la calle, pero quisiera estar en mi casa. Mi mujer no se sentía bien. Y ya ven, comisiones van y comisiones vienen. A lo mejor sale con una barriga. Además, éste de la izquierda no me cae muy bien. No me gusta trabajar con él. Siempre busca cómo demostrar su valentía, pero quiénes saben hasta dónde le llegaré, porque, después de todo, pegarle a un pobre animal cuando está indefenso no tiene gracia. Aunque la otra vez se la jugó completa. Sí, se la jugó."

Ese hombre es un loco, digo. Y no sé, pero siempre me ha fatigado la velocidad. Primera, segunda, vuelta a la izquierda, chillido en las ruedas, tren delantero desnivelado, chillido en las ruedas o debajo de las ruedas o en el pavimento, vuelta a la izquierda, vuelta a la derecha... y el tablero ése. Ayer, cuando me bajé del auto de Rodolfo, dí gracias al Señor, porque, cómo corre. Entré a la casa con sudor en



las manos, y las... bien... Juro que la señora Teotiste debe haber pensado veinte mil cosas, porque cuál sería mi cara que sus ojos le saltaron como dos ranas. Y ahora con este asunto, qué de cosas estará diciendo, y corre a la cocina y corre al comedor. "Al de la Academia se lo llevaron. Ya decía yo que ese muchacho tenía algo entre manos. San Benito, ayúdalo si no ha cometido ningún delito." Tenía quince días. "Epifanía, ve al abasto a comprarme dos velas de a medio. Epifanía, por favor." Mientras caminaba hacia mi habitación — tres camas y dos clientes — sentía sus ojos apretándose en mi cuello y, seguro, en la puerta se quedaron. ¡Ay! la muchacha de la habitación contigua. Se la recomendaron a Doña Teotiste. Oía sus pasos. Menudos. Su voz. Me la imaginaba desabrochándose la cota amarilla de estar en casa. Después, sus hombros espléndidos, desnudos, redondos, brillando en el espejo. Tiene los pechos muy pequeños, pero muy bellos... seguramente. Y cada día crece, crece más. Para tocar sus hombros...

—Abre la ventana pequeña.

—Esta calle es un horno — me golpea la pierna derecha. . . . Para tocar sus hombros deberé usar una escalera, una larga escalera. Pero a Bigotes sólo le crecen los bigotes. Ya encontrará quien anude su cuello, y sobrarán bigotes.

—Bigotes, dame otro.

—¿Otro qué?

—Otro cigarro.

—Mira, compra ahí, en el bar.

—Pero coño, ¿y te vas a parar?

—Bueno ¿y hasta cuándo te voy a estar manteniendo?

—Está bien.

—¡No! mal...

Te anudarán el cuello, Bigotes. Bigotes, te anudarán el cuello, Bigotes.

"Sí. Yo soy Bigotes. Yo oía pasar las carretas y los autos por detrás de la puerta. Cinco años. En la silla. En la cama. De la cama a la silla, todos los días, a la misma hora. Me cepillaba la cara para que me salieran pelos. Y ahora estos grandes bigotes pa que respeten. En la tarde, a las dos, por el ruido de la carreta y el lamento ¡booteelleero!... El día y la noche el mismo tiempo. ¡Ah! Bigotes, qué duro fue. Un solo trancazo. Se lo merecía el muy canalla. Después nadie me sintió en el pueblo. Además, era mal visto. Con la enfermedad y sin ella. Y no había vuelto al interior hasta el día que fuimos a buscar al de los quince nombres. Buena tarea... Mi madre decía: ese muchacho es un cobarde, muchacho enfermo, lleno de fiebre y malo, malo como



mandinga. Después que lo callé pa siempre me encontraron insultándolo. Que tuve malas razones. Bah, si supieran... Seguro que le entró un dolorcito en las bolas cuando nos vio frente a la puerta, a través del ojo mágico. Al hombre de los quince nombres el ojo mágico le enseñaba una visita. Y qué visita. Hasta la respiración me dolía, pero al de los quince se le debe haber hincado. Después fue la cerradura, ¡tras!, voló. Y deténgase amigo, que le tiro. La vieja lloraba. Estaba igual de amargada a "la vieja" cuando vio a su hombre con la cabeza desflorada... "Ay, señor, señores, qué es lo que pasa. Si el señor Rodrigo es muy bueno." Vamos, acompáñenos señora, y el muchachito también. ¡Vamos! hasta aquí llegaste señor Rodrigo. Quince meses buscando al hombre de los quince nombres. ¿Y dónde estaba? Con una pobre vieja. Sí, se le arrugaron las bolas. Ahora sí puedo aspirar el ascenso, me dije. Quince meses esperando el ascenso... Tú eres el culpable de tanta espera... El Jefe me dijo: "te encargo a ese hombre. He aquí quince fotos distintas. Estúdialas. Y aquí sus quince nombres. Los preferidos son: Alfredo, Gumersindo, Ramón. Cuando me lo entregues, ascenso seguro ¿entiendes? As-cen-so se-gu-ro." Y ya ves. Aquí estás, Bigotes. Aquí estás. Quince meses buscando al de los quince nombres... Después fueron los carajazos. El hombre parecía un ciego. Sólo el blanco del ojo. Pero tenía coraje. ¡Ah! desde entonces, pese al ascenso, no he tenido trabajitos buenos. Dos meses y nada. ¡Qué sí buscar muchachos, artistas, intelectuales! ¡Ay! artistas. ¡Esa es la última!...

—Mira, tú... ¿Tú eres artista?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú, ¡tú! ¡tú!...

—Pues... escribo.

—¿Hojitas?

—¿Hojitas?... Hojitas no, no.

—Anjá, con que escribes. Para hablar mal del gobierno, ¿no?

—Yo también escribo.

—Sí, en los escusaos — dice el conductor, y golpea el volante.

—Métele un secundazo y pasa ese carro. Todavía faltan cuatro por ir a buscar... ¡Así! Viva Fangio!

Faltan cuatro, dice. Quedamos a vernos esta noche en el City, aunque hoy no es lunes ni viernes, pero quedamos a vernos, que si tenemos que hablar mucho, que si llegó una carta. Una cerveza, una sola cerveza y las hojas para repartir. Que si Juan Pedro se rajó, él siempre se raja, se rajarán otros, yo estoy rajado. Un cuento, un cuento para contar, por boca de Elina un cuento para contar. Te amo, Elina.



Palidezco. Cuando estaba muchacho... Lejana... Silenciosa...

—Bien, amigo, mire al frente...

—Hemos llegado. A subirse los pantalones — se sube los pantalones y pasea las manos por los bigotes.

—¡Vamos! a quitarse de ahí, flojos.

Si pudiera secarme. Ahora sí va a estallar el eczema. Una cerveza, una sola. Ese hombre tiene la nariz roja. ¿Quién más, quién más estará allí? Virgencita, ahora sí...

—Baja. Por aquí... No, no, por aquí — el hombre me empuja, suave, por la espalda... ¡Qué frío!

—Saca esa mano del bolsillo.

—¡Bigotes! ¡Bigotes! del cuartico te buscan. Tienes un encargo.

—¿Encargo? Trabajo, dirás.

—Y éste... ¿quién es?

—Un escritor.

—¡Je, je!

Tengo que hablar. Preguntar algo, lo que sea. He aquí el sitio, el sitio, he aquí el sitio. De corcho. De corcho, dijo. Sombrío. Una bóveda. ¿Quién? ¿Quién puede ayudarme? Ahora sí. Pues bien. Todo ha comenzado a girar. Ese hombre es espía. Una bóveda. El de los quince nombres, el de los quince nombres. Rodrigo, dijo... Y aquél... y aquél otro... la rubia...

—¡Dígame...!

—¿Qué?

—Dígame — tengo que decir algo. Preguntar algo ¡rápido! —

—¿Cuál es mi caso?

—Ya le dirán.

—Pero...

—Ya le dirán, y deje las preguntas.

—...

—Aquí quien pregunta es uno, ¿entiende?

—Ya te harán bastantes.

—Por aquí, baje por aquí. En la sala hay cerveza, y bien fría, sabe, bien fría.

—Otro más. Faltan pocos. Y cómo han gritado.

—Nos vemos mañana.

—¿Y dónde vas?

—Una amiguita, voy a visitar a una amiguita. Día libre. Después te cuento. Y que le den duro. ¡Mira! mira cómo pone la cara — me roza la nariz. Tiene la uña muy larga. El meñique. Tiemblo.

—¿Qué? ¿Vas a llorar?

A llorar, dijo. Cuando estaba muchacho el cojo de la plaza me



agarró por estar corriendo entre las matas. Me atravesó la muleta y... y me oriné. Le dí lástima. Vete, vete ya, me dijo con desprecio, pero sonriendo... De corcho. He aquí el sitio. El sitio. He aquí, sitiado, el sitio. Largos corredores, ventanas, mujeres, espías, bigotes. Igual, igual, igual. Mi tío decía: "generaliza, hijo, generaliza." Y cuando vuelvan los muchachos, cuando vuelvan, la vieja Teotiste le contará la historia. "Vinieron tres. ¡Ay! pobrecito el Salvador." Alberto dijo ayer de los últimos días. Yo no entendí muy bien. En el bar había poca gente. El español de siempre, el amigo de Falla, torero en su juventud y bailarín. Pepino nos extrañará mucho, sobre todo por la deuda que tenemos con él. Ya está adoptando una actitud de reserva. La deuda, la olvidamos pero Pepino aprendió a contar detrás del mostrador... después, a la caja fuerte. Para él las deudas son cheques... Siempre cobra. Pero... quisiera tomarme una cerveza. La última vez me dejaron esperando... ¡Mejor! Llegó una trigueña de bellos ojos resaltados por el rimmel. Todo comenzó cuando...

—Mire, usted, mire.

—Camina, camina por aquí. Siéntate.

—...

—Acompáñalo, Vitamina, mientras yo voy y vengo.

—Gracias, amigo. ¿Cómo se llama usted?

—Rodrigo Henríquez, pero me dicen Vitaminas. Además, ¿por qué me pregunta?

—Por nada, por nada.

—¿Y qué deudas tienes tú?

—Yo no sé.

—Sí, aquí nadie sabe nada — me mira fijamente, luego sonrío —. No te preocupes — agrega.

—...

—Ahora, quédate aquí. Ya vuelvo — repite —. ¿Quieres cigarro?
— vuelve a sonreír.

—Gracias.

Todo ha comenzado a girar. Largos corredores. No te bajes de allí, San Pedro. Pedro, pero... ése no es San Pedro... "La protección de los siete poderes principales... y la fuerza de sus grandes elementos vence la fuerza de mis enemigos, y de todos los rebeldes..." Amén... La rubia me mira de reojo. "Te vas a enamorar de la virgen, muchacho." Tiene el cabello en desorden. Elina, cuando estaba muchacho... Lejana... Volveré. Oportunamente, volveré. Acaso una calle y muchachos, los de siempre, con sus manos cansadas... Todas las cosas iguales... Predominaba el blanco... Así era mi madre. Le pesaban las manos. En la sala de altas ventanas buscaba un lugar para ellas. Se



miraba en el espejo ¡siempre! y comenzaba a llorar. Pero esos muchachos no conocen la tristeza. En casa todos eran tristes, hasta el perro, Elina... Mi madre tiene las manos cansadas... Tus brazos, Elina, lentos, como palma de sagú. A donde el sol viene... como palma... Mi madre tenía las manos.. Además, para qué hablar de tristeza. Si en la casa algo estuviera vivo, sería mejor, podría reconocer los pasillos, los grandes y largos y grandes corredores, la vieja mujer cocinera, fea y ridícula, atenta a los cuentos y chismes, ¡jubitosa cuando me perseguían la correa y mi tío, sus carajos... ¿Y mi padre? Lleno de grasa, sonámbulo en el día y sonámbulo en la noche, contando monedas o haciendo cuentas... Deja ese lápiz, le decía mi tío. Sumando y sumando y con el frasco de pastillas que le aliviaban el dolor de la úlcera. Pero todo andaba bien, a medias, mi madre con sus manos cansadas y sus ojos, sus ojos cansados y la vieja cocinera, mi tío, la correa, el perro que salía en la noche y regresaba con la mañana... "¡Ah perro vagabundo!", decía la vieja Teresa. Un día de éstos se quedará en la calle, ahíto de veneno... mi padre, las sumas. "Teresa no tiene control en la cocina"... Todo marchó bien hasta el día en que... bien. Mañana me iré...

—¡Me..!

—¿Qué dice usted?

—¿Yo? ¿Qué puedo decir? Pues nada...

—¿Sabes una cosa?

—...

—Aquí todo el mundo recuerda desde que tenía los tres años.

—...

—¿Me entiendes?

—Sí. Entiendo.

—Me saludas a Bigotes — dice uno que pasa. La mano derecha en la cintura.

—Y tú a la vieja.

Y la vieja, la vieja Teresa. "¿Dónde está la niña? ¡Nena!... ¡Ah!... ¡Ah muchacha malcriada! ¡La comida, muchachos, la comida! Nunca están a la hora de comer. Se les enfría la sopa. ¡Doña Rosa! ¿dónde anda Salvador? Tiene el diablo metido en la sangre. Salta que te salta. Un día de éstos se va a envainar. Yo sé lo que le digo, Doña Rosa. En lo que venga **el doctor**, me cansaré de contarle todas las que echan ustedes. Ya ni respetan. ¡Y yo estoy muy vieja! Mofas y mofas, qué si la vieja Teresa tiene un colmillo de gato, qué si tiene un hueso más, qué si **la llorona** me va a romper los camisones... y de las ánimas ¡ni las ánimas respetan! y de todas esas cosas que conmueven mucho. Yo no aguanto más, Doña Rosa, yo ya no aguanto. Y siquiera que



Marcolina estuviera viva... pero mire que le fue engordando la barriga y le fue engordando y no vino el muchacho y se fue ella. No digo yo..."
¡Ah! la vieja Teresa, bajo qué tierra estará ¡Marcolina! ¡Marcolina! ¿quién te cerró la esperanza?... Cómo me mira ese hombre que me está mirando, como si me mirara con... bueno... ¿Y qué hago? ¿Qué hago yo aquí? Y estas piernas que sudan y el cuello que me suda y la respiración que me duele y yo no tengo fiebre ni tengo... dolencia... Generaliza, hijo, generaliza... Calor amargoso, calor que pesa y sudan mis piernas, corredor de corcho y silla de corcho, que me sudan, como lamparita me suda, como lomo de buey, que yo quiero un pañuelo, y llevaron a sepultar a mi madre y me sudaba el sudor entre las piernas y más abajo... ¡Ay! madre, un poco de tierra oscurita, que se me viene el recuerdo... ¡Elina!... que se me viene...

—Mañana en la tarde salgo de comisión.

—Y yo de vacaciones.

—¿De vacaciones?

—Me voy pal pueblo.

—Como la canción...

En la tarde, Elina, mi madre me daba la merienda. Después rezaba el rosario. Torre de David. Se reían, ocultos. Foederis arca. Tiene la alianza un arco. Por ser tu llama inmortal... En la noche, Elina, le pedía que me proporcionara una buena muchacha, ¡trivial! Solitario, Elina... Tienes los ojos muy bellos, muy claros, Elina. Tú regresas como en los atardeceres de un rojo verano. Tú regresas por las calles largas, tus cabellos, tu boca joven, Elina... Correspondiendo a vuestra invitación amorosa... Madre intacta... por todos mis prójimos, presos y desterrados, caminantes y navegantes... Cuando estaba muchacho, Elina...

—¡Oiga!... ¡oiga!...

Cuando estaba muchacho... que me convierto en nube, que me convierto...

—¡Mira!... ¡tú! ¡tú!

—¿Yo?

—Sí, ¡tú!

—...

—Pase, pase...

—¡Pase!...

—¿Quién?

Que me convierto en nube, Elina, que me convierto...

—Vamos...

—...

—¡Vamos, vamos! Pase, pase usted...





63.

UN HOMBRE, UN GRILLO, UN ASCENSOR

Otra vez grito se me ha encerrado aquí estoy sentado como
jonás sobre un barril de pólvora
se me ordena salir ya es tarde estoy atado al poste

Juan Calzadilla

El ascensor se detiene en el número dos. Yo pienso y veo y río con la gente y miro por encima de sus hombros y me río. Yo río y leo el periódico y pienso en pequeñas cosas, en pequeños seres, en la mosca que enfurece mis sentidos y aún el color de mis ojos. Y yo pienso que mis ojos se parecen al viejo color sepia del viejo cuadro del piso número dos.

Pero he aquí que nadie tiene que ver conmigo. Nadie tiene que ver con Anselmo, el ascensorista. Y yo conozco la propensión de los hombres — él espera que le confirme, ¡seguro! — a huir de la soledad. Tan sólo dicen, lenta o tímida o autoritaria o groseramente: "el número dos, el número tres". ¡Ah!, con gusto los llevaría al infierno. "Cuarto piso". Pero no, a veces creo que soy un entrañable amigo de estos señores, de estas señoritas y viejas y niños que vienen a mi ascensor (porque han de saber que este ascensor es mío, mientras permanezco en él las ocho horas reglamentarias), y si no fuese por temor a perder el puesto, a una bofetada o... a quién sabe qué, besaría a una de esas muchachas que traen libros debajo de los brazos, por lo general, del brazo izquierdo, seguro, y miran con unos ojos parecidos a... bien, no sé qué. O al menos le diría a la del pelo profundamente negro, la de los pechos prodigiosos, a ésa, le diría palabras cortas y ligeras, palabras de amor, porque en verdad ni escucho ni digo esas palabras desde el día del accidente, cuando murió la mujer que vestía mi cuerpo y lavaba mis brazos y mi cara y me ponía un abecedario en las manos. Desde ese día, sí, cuando se la llevaron en un auto para el hospital, ¡digo!, para el cementerio. Después ya no hubo quién me despertara con palabras parecidas a la misma mañana y aún al mismo sol que quemaba mis hombros, mis cabellos, en los campos de beisbol. Se fue. Se la llevaron. Y ahora este maldito ascensor. "Piso número dos, el número tres, por favor." Sin embargo, no debiera quejarme. A veces, cuando no hay señores ni señoritas, ni viejos, y el ascensor no sube ni baja, y el trabajo es más fastidioso y menos bullicioso y más solo, a veces, digo, me voy al otro ascensor y le miento con sumo placer a mi compañero, porque, ustedes saben, yo soy un cobarde...

—Buenas tardes.

... "La palanca se dañó. Llévame al piso cuarto, allí debe estar el voluminoso Miguel. Ya verá él si compone este aparato, ya verá." Y resulta que subo y bebo agua del ascensor... bien, del refrigerador y miro a las muchachas que escriben a máquina mientras leen el periódico o conversan con la del frente y la del lado izquierdo y la del derecho y...

—Gracias.

... Después... vuelvo a tocar el timbre y soy yo quien digo: a la



planta baja. Soy yo quien toco el timbre y sube el ascensor y bajo tranquilamente y...

—Cuarto piso.

—Subiendo.

...digo: no lo pude encontrar, estará hablando con Julia — por ejemplo —, inventándole un cuento ¡seguramente! Lo voy a reportar un día de éstos. Muchas gracias. Hasta luego. A la salida nos veremos. Je, je. Y es así. Nadie presta atención a mi rostro ni a mi vida ni a mi casa ni a la ropa que lleva mi cuerpo y cuidado con tanto cariño para poder llegarle de vez en cuando al restaurant popular y gastar más de la cuenta y mirar muchachas alegres y muchachas tristes, niños jugando con pistolas de plástico y niños alargando la mano y contrayendo la cara con unos ojos de animal herido, y otras cosas, otras cosas más.

—El número seis.

—El número dos.

—Por favor, cuarto piso... ¡Espere!... Muchas gracias.

Y por qué no cambio yo con alguno de estos señores de portafolio bajo el brazo... el derecho. Y por qué no preguntarle con voz pegajosa a la oficinista del gerente si puedo acompañarla cuando salga del trabajo o llevarla al cine y...

—Le dije el número dos.

... **Esta noche hay un baile en la casa del señor Peel. Una mansión, atenciones... Yo no iré. Tengo un compromiso. Relaciones... pues...**

—Gracias.

—¿Bajando?

—No, subiendo.

Y un día de éstos haré algo bueno. Podría jurarlo.

Aquí, en la ciudad, no hay parques. No hay árboles ni plazas ni parques ni monumentos a los pequeños amigos del hombre, de mis brazos, de mi cuerpo maduro, de mis palabras. No hay parques ni plazas ni árboles. No hay algo. Pero no... requiero calma. Cualquiera podría pensar que soy torpe, y resulta que yo no soy torpe, resulta que estoy solo... como el insecto que dejara encerrado en el ascensor. No podrá saltar a buen lugar, no podrá escapar por la ventanilla del ventilador. ¡Un grillo! La corriente es fuerte y... cómo hará para escapar. Me alegro. También él está solo, limitado como lo estoy yo a cuatro paredes de metal, metal amarillo y con una silla sin respaldo y una palanca y cinco botones negros, y seis, siete palabras en inglés... o en chino — igual da —. Que se siente en la silla, je, je. Y además, el ascensor también está solo.



Cinco centavos. Cinco centavos. ¡Cómprame antes que sea tarde!

...El auto, el auto, el fis...

¡Mire! olvidó la cartera...

—Mis disculpas.

—No, no ha sido nada.

—Cómpralo, señor, mire...

—¡No!

¡Ah!... la seis y media. Y hacia dónde irá aquel, de barbas y de sombrero y bastón. Debe ser grato andar por un parque, y de bastón, recogiendo hojas o cortando el viento, y mirar los muchachos y los coches y las criadas y la tarde desnuda por detrás de las casas. Pero no debe ser grato quedarse dormido en un parque... alguien podría robarlo, golpearlo.

Yo no me quedaría... ¡Ah!...

—Señorita, ¿la acompaño?

¡Ese muchacho va a tumbar los cristales!

—¿La acompaño, señorita? Yo puedo ser su amigo.

Sus dedos son largos, sus cabellos son largos. Bellos sus hombros.

Y miro...

Tenga cuidado, por favor.

...por encima de sus cabellos. Miro al hombre que me mira con sus ojos de madera seca, de piel seca, de tierra estéril.

—¿Deseaba algo con la joven?

—Ah...! no, en absoluto. ¿Es su amiga, no? Con permiso, el Señor los lleve. Buenas tardes, muy buenas tardes.

¡Sin suerte! La neblina cae sobre los edificios. El hombre tenía una cara inolvidable. Podría matarlo. La neblina es extraña, es gris, se contrae o se dilata. Por la ventana de mi cuarto la neblina limita mis ojos, la neblina. Debiera haberle dicho al señor de los ojos de piel seca: buenas tardes, hermano. Es tan bello saludar y decir adiós...

Adiós, amigo Anselmo.

...y bajar los ojos y mover, rápidamente, la mano. Mañana me levantaré antes que la mujer de enfrente, la lavandera. Cuando ella salga con la cesta para el mercado, la cesta que siempre sale vacía y regresa casi vacía, le diré respetuosamente: "buenos días, señora, muy buenos días. Esta bella la mañana, ¿verdad?" ¡Ah!, tiene algo de grato el saludo, saludar, el saludo cordial. Porque tiene que ser cordial. De qué valdría entonces...Para eso, para otra cosa, pensaría en matar.

—Adiós, adiós.

Ya veo. Nadie contesta. Ya entiendo. Ni siquiera voltean a mirar. Yo, pues yo ando mal vestido y nada tiene de raro que mi ojo izquierdo



no exista. Además... bien, la cicatriz de la oreja no es motivo de horror. Yo me he mirado en el espejo de mi cuarto —un regalo y con muchos años de vida—. Mi ojo derecho es grande, blanco y negro, un blanco dilatado y un negro pizarra. Mi ojo derecho es bello.

—Adiós, señorita, adiós.

No escuchan... seguramente.

—Buenas tardes. ¿Y su compañero?

—¿Mi compañero, dice usted?

—Pues sí, su compañero, el del ascensor número dos.

—Ah, sí, el del ascensor número dos. Está bien. Se fue con su hija.

Pero...¿quiere usted que la acompañe?

—Ah, no, muchas gracias, muchas gracias. Buenas tardes, adiós.

—Pero...Adiós, señorita.

Adiós. El Señor la acompañe como quisiera hacerlo yo, con mi mano en su brazo, con mi mano cariñosa, leve. Una, dos, tres, cuatro y cinco, seis, siete. Las siete de la noche. Llegaré tarde a casa, digo, a mi cuarto. ¿Y el grillo? Entre paredes de metal. El amigo estará esperando. Ya voy, espera, espérame, ya voy. Hacia el norte la torre de la iglesia se alza como una formidable flecha y el cielo es azul profundo como... la... revista del arte. Eso es, como la revista del arte, no de arte, no. Yo la desconozco, pero es de Economía. Los altos empleados del Banco son economistas. Ese hombre tiene el corazón vacío.

—Ese hombre tiene el corazón vací...o. Perdón, pero si...

—Mire, usted tiene, usted es un torpe.

—Perdón, perdón. ¡Ay!

Siempre tengo que apresurar el paso, siempre. Los vitrales relucen y los cirios y el ángel de la espada. Incienso, incienso puro, campanas, un sacerdote celebrando algún holocausto, sacrificio, ¿no? Qué diría el hombre. Pero estoy aquí. Sus ojos se asustaron, como su corazón vacío se asustaron. En toda forma, me miró mal y...Me voy.

En el nombre del...

Llegaré tarde. Una, dos, tres, cuatro.

—Una limosna. Por el amor de Dios, una limosna.

Cinco cuadros. El autobús. Me voy. El autobús. Me voy. ¡Ay! el viejo y la pensión... Un hombre dijo ayer en el ascensor, un muchacho, que Dios, cuando creó el mundo, estaba ebrio. Después dijo: o estaba jugando con peloticas de excremento. Debí romperle la cara. Dios es mi amigo. El vela mis sueños —decía mi tía, la que llevaron al hospital antes de ir al cementerio—. Pero yo soy un cobarde. Anselmo, el ascensorista, es un cobarde. Así como estoy seguro de mi amistad con Dios, de mi respeto, así estoy seguro de que soy... Las puertas, las oficinas, despiden



a cada instante señores altos y señores bajos, temerosos y soberbios. Bella la imagen de San Marcos, el altar. Un cobarde. Esperar es fastidioso. Cuando se está solo y sin saber por qué, sin saber de las noticias del día ni pensar en algo ni tener alguna mujer a la izquierda o a la derecha, igual da, para decirle que hoy, por ejemplo, he tenido mucho trabajo. Decirle que empecé a contar los viajes hacia arriba, las paradas, las personas con pañuelo blanco en el bolsillo superior del paltó. Decirle que perdí la cuenta cuando una, digo, un perro se metió en el ascensor. Le acaricié el lomo, me miró mal y le di un puntapié. Hubiera preferido el perro entre cuatro paredes de metal, y sus ladridos y su llanto brutal, pero no tuve oportunidad y, además, de encontrarlo el Sereno, la queja, el despido o el insulto. Y Anselmo es humilde, no un muchacho. Tener una mujer para contarle anécdotas y decirle mentiras. También esas cosas que uno siente. El domingo me iré a la montaña. Desde allí, desde lo alto, se ve el mar. Profundamente azul, profundamente extraño. A veces, en la tarde, hacia el límite del mar me parece ver un leopardo, un formidable leopardo dando zarpazos a los vientos. El mar debe ser un dios, no una diosa, un dios violento y orgulloso. El mar... Bien, al fin ha llegado el autobús. Un muchacho salta al estribo. El hombre de chaqueta quiere sacarle la cartera al hombre de gruesos bigotes. Yo miro, yo gozo. Acerca su mano, rápida. Mira por encima de sus hombros, mira, mira por encima de las orejas del hombre, más allá de sus orejas, más allá, empuja un poco y... ¡listo!...

—¡Bien...! Perdón.

...la cartera ha pasado a su bolsillo y él ha saltado al autobús. Si el hombre de gruesos bigotes supiera. Formidable, amigo, formidable. ¡Ni un leopardo!

Esta es mi casa: cuatro paredes, retratos, almanaques, una palmatoria, tarjetas postales que me he dirigido por el correo local. Un recuerdo de la montaña. El gato, mi amigo. A veces, lo miro intensamente y él retrocede y se asusta y yo bailo y rfo por dentro y él retrocede, pero él no es un auto, una máquina. Después... la extraña, violenta soledad de un Rock and Roll, un Jazz, mientras cuento las vigas del techo o remiendo el colchón. Eso es todo... ¿Quién?

—¿Quién?

—...

—Sí, ya voy, un segundo.

No dije, no dije. ¡Qué gran panza!

—¿Cómo está usted —bello gesto—, señor?



—Bien, muy bien.

—La radio, ¿escucha? Muy bien, violenta, ¿no?

—Sí... Pues ya verá usted, la quincena ha terminado.

—Muy bien, mañana pasaré por su oficina. ¡Oiga!, mañana. ¡Oiga!, se le ha caído un botón.

—Entonces... hasta mañana.

—¿Y el botón?

—...
Je, je. Viejo, maldito viejo, maldito. Te acompañaré. Sí, iré al entierro de tu vientre, ancho y lanudo. Y yo no tendré mi propia muerte. Beberé el café de tu entierro, el café de doña Carmen. Estaré en tu casa, con tus hijos y tu mujer y la camisa que llevas —sin botón—. Estaré con tu perro vulgar como tu lengua y tus manos, ¡je! y tus largos y largos calzoncillos. Pero yo, Anselmo, yo no tendré mi propio entierro. Yo no tengo cuerpo ni mujer ni cuerpo.. Un ojo muy bello, negro, negro pizarra. Nadie lamentará mi entierro. Mi tía me tuvo a mí para que doliera su ausencia. En cambio para Anselmo, el ascensorista, no existe ni el final ni el principio. Igual da. ¡Igual! Yo haré mi propio ataúd. Un día cualquiera me iré a sembrar abalorios —con mi vieja palmaria— bajo la lluvia, mientras un Rock and Roll se dilata en mi hígado y el gato, mi amigo, maldice mi existencia. Me iré, y ya no habrá ascensor ni oficinistas ni estudiantes ni gerentes como bóvedas ni muchachas de uniforme. Y entonces, mientras la lluvia alivia mis espaldas, empezaré a olvidar y el tiempo ya no será el ascensor ni el aire el ascensor, ni el espacio el ascensor. Y la muchacha que trabaja en el sexto piso leerá revistas de cine y el cajero, como siempre, con buen pulso, descuidará sus manos en el prin...cipio de sus nalgas, todos los días, en el mejor instante. ¡Ah!, me río de tí, señor, de ti, amigo, señor profesor, impenetrable y mediocre, con una gran faja en la barriga y una hernia que ríe y ríe de tu ombligo. De ti, hermano información. Y cómo escupiría tu cara babeante y recelosa como una serpiente... ¿Qué haces allí, en la ventana? ¿Eres acaso un reportero?

—¿Eres acaso un reportero? ¿No ves? Si abrieras mis entrañas encontrarías una cueva sórdida y babeante. ¿Y ahora...? Ya no ves, ¿verdad? Pues bien, espera que tus ojos se acostumbren a la oscuridad y si eres impaciente, ve y quítale los ojos, sáltale los ojos al gato, mientras yo, Anselmo, aspiro mi propio cuerpo.

Y pienso, pienso. Por ejemplo, mañana habrá una manifestación. Irán las mujeres codo a codo con los hombres y alguna bandera se enredará en el cuerpo de una muchacha. Hermosos sus pechos erguidos. Su cuerpo como un campo de batalla. Y yo gritaré y me confundiré con los



hombres y daré ¡vivas! a un líder, a un hombre... Tan sólo una tumba y un desierto... Cuidaré mis ropas, mi garganta, mis gritos. Conmigo estarás tu, gato. Y te iré acariciando las orejas. Pensando en el encuentro de algo inesperado. ¡Ah!, y te lanzaré desde algún edificio. La multitud maldecirá mi hazaña, mientras yo río en el ascensor y ¡río! Me diré: ¡ay! de aquel que quiera corromper mi sangre. Y además, para qué. Nadie conoce mi existencia. Lejos de mi cuerpo, lejos de mi sangre, todos tienen otras preocupaciones. Lo mismo. En la mañana tomarán el café, las noticias fulminantes... Te vas, definitivamente, te vas y con todos los señores para quienes guardo lo mejor de mi caridad, de mi odio. Mi querido gato maldito, se esturbiarán mis ojos cuando te retire de ellos, de este cuartito donde una muchacha hubiera podido ayudarme, y a conocer el amor, en esta casa triste, desolada y oscura.

De pie, nuevamente. Esta mujer debiera callarse. Eso es, hacia la izquierda... ¿ahora? Resulta que me encuentro sentado en una silla, digo, en una forma casi horizontal. Tengo un libro frente a mis ojos. No lo entiendo. No lo leo. Hacia la derecha una mujer escribe a máquina. Ha virado para buscar una hoja, algo. Una voz detiene sus movimientos y es entonces cuando...si...hacia la izquierda... sus muslos de tierra débil. Y vuelve a su posición normal y mis ojos quedan solos. Seguramente hubiera conocido la humedad, seguramente. Es tan bello, sin embargo, mirar las piernas de una mujer, sus muslos, sin pensar en algo. Mirar simplemente y, después, pensar en una mariposa de obsi...diana... Lo leí una vez.

Pase usted. Señorita, sería tan...

—Pase usted, señor.

—¿Yo? Gracias, muy amable, gracias.

El hombre se arregla la corbata. El hombre mueve sus manos entre folios y papeles. El hombre mira. Bella la corbata.

—Pase usted.

—Mucho gusto. Anselmo...

—Síntese. Busca usted trabajo, ¿no? Pues bien, ¿en qué desea trabajar?

—De ascensorista... digo, de...

—Desde el primer día del próximo mes la señorita que trabaja en el ascensor número dos quedará cesante. Parece que no le sienta el trabajo...

—Pero...

—De manera que puede pasar por la oficina situada a la izquierda del pasadizo y allí llenará la planilla correspondiente.



- Pero, señor, yo...
- Usted recibirá dos uniformes y deberá cuidarlos con esmero. Debe ser atento y evitar la lectura de libros mientras cumple con su horario. Todo, para mayor atención del personal y de los clientes.

El gato, el gato se ríe. Pero yo te haré algo.

- Verás.
- ¿Decía usted?
- Nada, nada... El ga...
- Me entendió bien, ¿no?
- ¿Ascensorista...? Yo no...

Que no te rías.

- ¡Que no te rías!
- ¡Señor!
- Ascensorista, si, ascensorista.
- Bien, mucho gusto.
- Buenos días, señor, buenos días. Y tú, deja de reírte.
- ¿Cómo?
- Nada, señor, perdón, nada, buenos días.

De manera pues que ahora tengo dos puestos. Deberían cambiar el pasador. Soy ascensorista en el Banco y soy ascensorista en el Seguro. Y no debo leer. Para mejor atención de... Yo leo poco. Y, además, no me gusta, sencillamente, no me gusta. Ni tampoco voy a trabajar. Qué importa la planilla.

—Señorita, una planilla, por favor.

Ahora estás en... como el muchacho de la silla de ruedas.

—Gracias.

Treinta años. Arriba: Anselmo ascen... ¡No voy a trabajar! Te voy a saltar los ojos. Soltero. Una mujer. Son blancas tus rodillas. Si pudiera contemplar tu cuerpo, besar tus pechos ¿verdad? Un millón doscientos cincuenta y tres mil setecientos noventa y nueve. ¿Edad? ¿Y el grillo? ¡Je!... Aspiro a ganar... Cuarenta años.

Mañana partiré, libre de...

Yo también. ¡Firme mi rúbrica! Mañana vendrán otros. Qué importa que haya llenado la planilla. Mañana. Y si no vienen, mejor. Ya se las arreglarán, mientras yo... ¿Y la manifestación? Yo gozo de permiso. ¿Y el gato? Estaba conmigo en la oficina del director. Se reía. Ya verá él. Resulta que me he venido de casa a buscar trabajo y no he ido a la manifestación, ni ahora encuentro a mi gato, y soy ascensorista. Yo alcanzaré un milagro cuando crezcan mis manos.

Señorita, hoy había en la avenida... Una limosna, señor, una li-



mosna

De regreso, amigo, de regreso.

De regreso, amigo, de regreso. De regreso, amigo, de regreso. ¡Cómo rfo! Te regalaré un gato. Tu venderás la piel. ¡Ah! ya me reiré en el ascensor con el bravo insecto que espera mi llegada. ¿Y si no voy? Porque él está preso, solo, entre cuatro paredes de metal. Grillo, el ascensorista, señor grillo ¿cuánto aspira a ganar? Porque, además, llegaré tarde. ¿Y el gato? Pero, y si ahora me devolviera. Y buscara a mi gato, mi amigo, a pesar de que reía en la oficina y brillaban sus ojos de alegría fiel. Ya puedes quedarte donde quieras. No soy yo quien te lleva, eres tú quien me sigues. Estarás en casa, recordando mi aventura. Podrás ver la mujer de enfrente. No llevará la cesta, no, no puede llevarla. Un día, un día de éstos, y tú lo sabes mejor que yo, será inevitable, y la multitud maldecirá mis hazañas, y yo también, porque yo estaré en la multitud para darle vivas a los líderes. ¡Ah!, tan sólo una tumba y un desierto.

¿Quiere leer las últimas noticias? Mire los dibujos. son perfectos...

Vea, cinco centavos, cinco centavos...

—Vea, cinco centavos.

Ya buscaré la forma de partirte la cara y, además, por qué no dibujas a tu hermana, por qué no la vendes. Es menos bella, ¿verdad? Esto de andar por las calles y saludar a un amigo, por ejemplo...

—Adiós, que la pase bien.

...a la mujer de cabellos blancos, a un doctor, un señor profesional, a uno de esos que vienen al Banco, que van al Banco, con los ojos dispuestos y las manos dispuestas y el vientre dispuesto... a cualquiera que cruce por delante de mí. Esto de andar como animal herido, sin saber por quién ni por qué, digo, esto de andar... ¡Ah! Sí, justo. Ella.

—¿Cómo está usted, señorita? ¿Y su señor padre?

—Bien, no ha regresado de...

—Pues sí, no ha vuelto a la oficina. Yo he pensado en él. Estuvo enfermo ¿no?

—Sí, un poco. Pero volverá pron...

—Bien, cómo deseo que se restablezca totalmente.

Qué extrañas son tus cejas, y no es de lápiz.

—Hasta luego...

—Hasta luego.

—¡Oiga!...

¡Mejor! Ya puede restablecerse. Ya puede venir para que yo pueda saltar del ascensor. Las calles están llenas. Hombres, mujeres, niños, carros... Y nadie revela su identidad. Gato, mi gato, debe pensar así.



Una masa informe. Y yo saludo porque quiero encontrarme con un amigo, encontrar un amigo —una muchacha—, y ¿tú qué haces allí? Debes irte a casa. Vete. ¡Vete! Apresar mi existencia, mas ¿cómo hacer con mi impotencia, mi cuerpo deforme? Alguien, no yo, debería estar en...

—Usted, por ejemplo. Sí, usted, ¡y por qué no! Perdone me equivoqué.

Pues bien, pero bien, la gente está asediada y quiere pegar. Gato, mi gato, ríe, clamoroso. Ya verás. Ya verás.

La juventud es ideal... Yo quisiera volver... Sobres, papel, carta...

—¡Señorita!

Pensarán que soy torpe o que estoy... Les gusta recordar su juventud. El gato me ha dejado, pero no, no puede dejarme, nadie lo recibirá. Sin embargo, yo no quiero, yo no la recuerdo, tan sólo a mi tía, no un tiempo, una tía y ahora estoy frente al Banco. Señor grillo, señor ascensorista. Apenas media hora de retraso. Tengo permiso. Puedo entrar. ¡Ah! Buenos días le diré, ¿no? Buenos días, grillo.

—Adiós.

Mi ascensor no ha sido abierto. El sustituto no vino, ¡seguro!

—Buenos días.

—¿Y usted no tenía permiso?

—Ya ve, aquí estoy. ¿Podría facilitarme la llave?

De nuevo Anselmo, el ascensorista, An-sel-mo.

—Gracias, gracias.

Y si ahora...

—Adiós.

Ya apareciste, ¿no? Pues no te rías, porque...

Yo creía que tú... Aumentaré las im...

¿Y el grillo? ¿Dónde está?

—¿El grillo?

—¿Cómo dijo, señor?

Aquí, aquí. Tú, no te rías. Y tú, ¡je...!, ¡ay!, has saltado, ¡no! has saltado. ¡No! ¡No!, no te vayas, no te rías, y...

—¡No te vayas!

—...

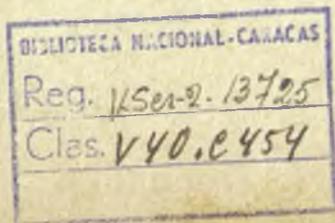
—¡Ay! Ansel... mo... El ascen... so... ris... ta... No te rías.

—¡Señor!

El ascensorista.

En el cuarto piso encontrará...

—El número dos, por favor.



Índice de grabados

MISA SOBRE EL TECHO DE LA BALLENA
— Grabado del año 1500 (Portada)

BALLENA
— Grabado del año 1500 (Contraportada)

Ilustraciones

Dibujos de CARLOS CONTRAMAESTRE

1
Aníbal crucificado por sus propios soldados

2
El Secretario Privado y el Señor Presidente

3
Institución Hogar

4
Cofradía de la adoración perpetua

5
Caballeros de San Vicente

6
Retrato de un desconocido

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Editora Venegráfica, C. A. - Caracas, Venezuela, el 23 de noviembre de 1963, según maqueta de Daniel González. La edición constó de 1.000 ejemplares, cien de ellos numerados.



ediciones del Techo de la Ballena

exposiciones • publicaciones • teatro ● caracas • venezuela

OBRAS REALIZADAS

- Para restituir el Magma* (exposición), marzo 1961
Rayado sobre el Techo (publicación - revista), marzo 1961, N° 1
Homenaje a la cursilería (exposición), junio 1961
Cabezas filosóficas, Gabriel Morera (exposición), noviembre 1961
¿Duerme usted, señor Presidente?, Caupolican Ovalles (poesía), mayo 1962
Espada de doble filo, Dámaso Ogaz (poesía), Colección Sir Walter Raleigh, agosto 1962
Homenaje a la Necrofilia, Carlos Contramaestre (exposición - publicación) noviembre 1962
Dictado por la Jauría, Juan Calzadilla (poesía), noviembre 1962
Asfalto - Infierno, Adriano González León - Daniel González (textos-fotos), enero 1963.
Sujetos Plásticos (exposición), marzo 1963
Dibujos Coloidales, Juan Calzadilla (exposición), abril 1963
Topatumba, Oliverio Gironde (poesía), reproducción, abril 1963
Rayado sobre el Techo (publicación - revista), mayo 1963, N° 2
En uso de razón, Caupolican Ovalles (poesía), ediciones tubulares N° 1 julio 1963
Exposición tubular (exposición), julio 1963
Twist presidencial, Edmundo Aray (minimodramas), ediciones tubulares N° 2, agosto 1963
Los Venenos Fieles, Francisco Pérez Perdomo (poesía), noviembre 1963

OBRAS POR REALIZAR

- Hombre que daba sed*, Adriano González León (cuento)
Trampa y Traición, Henry Miller (ensayo)
Papeles de Condenado, Efraín Hurtado (poesía)
Rayado sobre el Techo, (revista), N° 3
Coney Island Mental, Lawrence Ferlinghetti (poesía)
Contacto Terrestre, Gustavo Ossorio (poesía)

Carbonate
62.



ediciones del Techo de la Ballena